

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

**El Hombre que lo Tenía
Todo Todo Todo**

Prólogo de
Pedro Zarraluki

Actividades de
Olga Casanova



Siruela Colección Escolar 34 (Literatura)

UNO

El Hombre que lo Tenía Todo Todo Todo abrió los ojos muy asustado. Mientras dormía no tenía nada. Despertó bajo la lluvia de las campanillas de los relojes. Mientras dormía no tenía nada. Cien relojes despertadores, más de cien relojes. Mil relojes, más de mil relojes. Todos sonando al mismo tiempo.

Un reloj de carambolas, detrás de los cristales biselados, mirábase el cuadrante con las horas en números romanos, y las tres pelotitas doradas que acababan de hacer la carambola de la hora y el timbre de alarma que alargaba un «¡Yo te despierto! ¡Yo te despierto! ¡Yo te despierto...!».

Un reloj que simulaba un globo terrestre, con un Ángel y un Esqueleto que con su dedo descarnado señalaba las horas, en un cuadrante dorado, conseguía hacerse oír, oír... «¡Tú me despiertas! ¡Tú me despiertas! ¡Tú me despiertas...!»

Un reloj cara negra, espectro luctuoso con números plateados, plañía: «¡Él se despierta! ¡Él se despierta! ¡Él se despierta...!».

Un reloj de bronce ronco rezongaba a solas en

su rincón: «¡Nosotros nos despertamos! ¡Nosotros nos despertamos...!».

Un viejo reloj de faro, más farol que reloj, martillaba al dar la hora: «¡Ellos despiertan! ¡Ellos despiertan... tan... tan... tan...!».

Y un reloj-casita tirolesa de cucú melódico, con el pajarito mecánico a la puerta, repetía imperativo: «¡Despertad vosotros cú-cú...! ¡Despertad vosotros cú... cú...!».

El Hombre que lo Tenía Todo Todo Todo metió el brazo bajo la cama y extrajo el menos esperado de los adminículos domésticos. Un paraguas o, como decía él, un «para-qué...».

Lo abrió en seguida. Es de mal agüero abrir el paraguas en una habitación, pero a él le urgía interponer algo entre el campanileo de los relojes y su persona.

Y ahora que sonaran. Ya él con el paraguas abierto que sonaran. Los oiría como oír llover sobre el paraguas.

Y así se oía el «Yo te despierto...», «Tú me despiertas...», «Él se despierta...», «Nosotros nos despertamos...», «Ellos se despiertan...», «Despertad vosotros...».

Cerrar los ojos es no tener nada. Abrir los ojos es tenerlo todo.

El aguacero de los despertadores había pasado. Desperezo una, otra y otra vez, como si quisie-

ra dar de sí, hacerse más grande. Luego bostezó y, mientras bostezaba, palpó el lecho. Dormía sobre sal. Sobre sal gruesa. Sobre un colchón de sal gruesa.

Su piel de pescado caliente perdía durante la noche la manteca de la realidad, lo real, lo verdadero, la gordura de lo que no es sueño, en la granuda sal del mar.

Heredó la receta misteriosa de perder la gordura de las cosas existentes, la mantecosa realidad, de sus padres y abuelos, que como él fue gente de respiración de imán, mientras dormían.

Porque ese es su otro misterio. Su respiración de imán. No respiraba con los pulmones como el resto de los mortales, durante la noche, sino con dos grandes imanes escondidos en su espalda, y por eso él mismo se definía como un hombre de omóplatos de imán que dormía en un lecho de sal gruesa, para deshacerse durante el sueño de la grasa de la realidad cotidiana y no atraer con su respiración imantada cuanto metal había cerca.

Al respirar dormido, si le faltaba el colchón de sal, atraía con el aliento todo lo que era de metal.

Y de aquí que tuviera que usar la granuda sal marina como colchón. Evitar que lo cubrieran con peligro de sepultarlo bajo su peso todos los objetos metálicos que atraía desde cien metros a la redonda. Poca plata, poco oro y mucha, mucha escoria, casi siempre.

Cuando se descuidaba la servidumbre de renovar su lecho de sal blanca, de sal gruesa, amanecía con enormes tornillos viejos en las narices convertidas en tuercas, restos de locomotoras en los brazos, ruedas herrumbrosas que le lastimaban los pabellones de la oreja, cadenas sobre la boca, trastos de cocina sobre los ojos, martillos sin cabo sobre el pecho, tenazas, restos de poleas, pedales de bicicleta. Y la lucha, al despertar, de desprenderse de todo aquello, de salir de una armadura hecha de pedazos de hierro, fragmentos y objetos metálicos. Oíasele entonces gritar ahogado en su caparazón que él mismo, que él solo, con solo respirar mientras dormía, imantaba: montones de tuercas salitrosas, candados, tubos, trébedes, llaves, válvulas, jaulas, grifos, estribos, frenos, tachuelas. Todo sobre él que apenas si lograba por instantes sacar la cabeza por algún agujero y pedir auxilio.

La servidumbre acudía. Y empezaba una guerra de imanes, a cuales más potentes. Imanes con tamaño de cañones, de largos cañones, atraían como aspirándolas las más gruesas y pesadas planchas de acero. Imanes diez mil veces más fuertes que la respiración imantada de aquel que lo tenía todo, extraían clavos de todos los tamaños imaginados, desde los simples clavos bellotes hasta los clavos de punta de cincel, sin olvidar los clavos de gota de

sebo, ni los clavos de herrar que buscaban en los imanes agujeros de herradura.

Desarmar al armado caballero no era fácil. Armadura sobre armadura hasta dar con él. Libre yacía ahora sobre una alfombra persa, al lado de su cama, sin fuerzas para reclamar a los edecanes el descuido de no haber cambiado la sal; después de cierto tiempo la sal pierde sus virtudes, y exigirles que de ahora en adelante no dejaran de hacerlo, pues eso ponía en peligro su vida, fuera de los estropicios que causaban, destrozo de muebles, pulverización de espejos, cristales y porcelanas en añicos, dada la fuerza con que penetraban, a través de puertas y ventanas desprendidas de sus bisagras, los objetos metálicos atraídos por su respiración.

Recapacitó. Se habían retirado los sirvientes que le ayudaron a levantarse de la alfombra. ¿Cuál de sus pantuflas tomar?

Miles y miles en redor de su cama. Pantuflas y más pantuflas, sin hacer diferencia entre pantuflas, chinelas y zapatillas en aquel mar en que las había de todas las formas y colores imitando cisnes, conejos, estrellas, góndolas, corolas de flores, cual de seda, cual de pajilla china, cual cubierta con piedras preciosas, cual de tejidas plumas de aves del paraíso o de colas de pavorreales. A perderse de vista. Las orientales cubiertas de lentejuelas, con un piquillo levantado a la altura del dedo grande, y en el pi-

quillo una campanita que sonaba a cascabel de trineo. Las italianas, papales, doradas y espumosas de armiños. Los zuecos, galochas y chanclos, de una sola pieza, alineados en filas militares. Las rituales para entrar a La Meca. Las de peregrino de cuero sin curtir. Las pantuflas con música. Las pantuflas de saltar y volar que llevan en la suela apelmazadas millares y millares de pulgas. Quién no sabe que las pulgas segregan una sustancia química que las hace saltar más de doscientas veces su tamaño, y oprimidas por liberarse, más de cuatrocientas veces, sin necesidad de poner en movimiento uno solo de sus músculos. Segrega la sustancia y salta.

Calzaría las pantuflas saltadoras. Gustaba por las mañanas, eso rejuvenece, hacer de saltamontes o saltimbanqui. Echó mano a una larga caña de pescar y con el anzuelo que tenía, un gran anzuelo, empezó a pasearlo sobre el mar de pantuflas hasta pescar, una primero y otra después, las pantuflas que le llevarían a saltos, enigmático y alegre, a su mesa de manjares matinales.

Nadie de la servidumbre conocía el secreto de aquel moverse a saltos, el secreto de las plantillas de sus pantuflas, plantillas de pulgas apelmazadas que merced a una sustancia que poseen y segregan, saltan, saltan, saltan, como saltaba él inesperadamente, lo que añadía la constante sorpresa que hace llevadera la vida.

El desayuno estaba servido en el parque de los Cocodrilos, de los cocodrilos verdes, mohosos de sueño a flor de un brazo de río, entre plantas y flores acuáticas.

Las monstruosas bestias de ojos oblicuos, blancas dentaduras triturantes y largas colas móviles, emergían, entre nubes de insectos, en busca de luz solar que tragaban con las fauces abiertas.

El Hombre que lo Tenía Todo Todo Todo acercóse de un salto de pulgas en las plantillas, trastumbó y por poco se va al agua, a preguntar a los terribles saurios a qué sabe el sol... se come... se bebe... se sorbe... se lame... a qué sabe el sol... la luz o el calor...

Pero saltó. Este es el inconveniente de sus pantuflas de impulso pulgarín. Nunca sabía cuándo iba a saltar. Inesperadamente lo alzaban en vilo, para depositarlo lejos de donde se encontraba. Y no pudo oír, por eso, la respuesta de uno de los cocodrilos que dejó un reguero de burbujas en el agua verde.

Y nadie oyó, salvo las hojas verdes, en forma de orejas de los nenúfares, lo que el cocodrilo explicaba del sabor del sol. Estos reptiles de muchos metros de largo son los animales de su especie que más saliva tienen en la boca, lo que hizo suponer al Hombre que lo Tenía Todo Todo Todo la respuesta:

«El sol sabe a saliva... a saliva de cuando se nos hace agua la boca...»

Y sí que no solo uno, sino todos salivaban a la vista de una venada volante que saltaba por coquetería, al par de aquel que brincaba por las pulgas.

Andar de luces. Desandar de sombras. Arboledas. Troncos elásticos. Eucaliptos. Árboles de pimienta más altos, más altos, más en las nubes. Y sube y baja de lianas serpentinas de los ramajes de árboles añosos, entre caer de hojas, volar de pájaros azules, ir y venir de lagartijas, ardillas, monos y mapaches, que saltaban a la par suya.

El Mayordomo y los sirvientes le esperaban para servir el desayuno.

Brinco y brinco, Don Pulguitas, Don Pulgón, llegó a la mesa y al sentarse, al solo poner las posaderas en la silla de cien patas azules, cien patas amarillas y cien patas negras, de asiento acolchado y respaldo de laca tibia, se le salieron las pantuflas de los pies y escaparon a saltos ensayando pasos de danzas.

El Mayordomo ordenó al personal que sirviera las frutas de pulpas regadas de polvo de canela, las doradas naranjas, las rodajas de piña, antes de las leches desnatadas y el café de sombra, mientras él calzaba con nuevas pantuflas los pies del toparca.

Andar de luces. Desandar de sombras. El sol adelante, luminoso, redondo, y los árboles detrás.

Cedros, caobos, pinos, cocoteros más aéreos que terrestres, árboles de cacao más terrestres que aéreos. Árboles de palmas de manos verdes abiertas. Humedad. Hormigueros. Avispas negras con olor a miel ácida. Tiniebla de lo umbrío, sombra en la sombra en los bosquecillos del Jardín de los Cocodrilo, tiniebla rasgada por relámpagos de pájaros de plumas de fuego.

Aguasoles. Ni luz sola. Ni agua sola. Mezcla de agua y sol en los sueños anegadizos y de sol y agua en las alas de las libélulas, caballitos del diablo que pasean luces misteriosas, entre centellas fosforescentes de cocuyos y luciérnagas y fuegucillos de osamentas de animales –lo fatuo de los huesos, se dijo el Hombre que lo Tenía Todo Todo Todo mientras bañaba su cara el humo de una torreja de maíz tierno y trigueña miel de caña–, lo fatuo de los huesos en favilas de fuego fatuo ya ceniza.

Trampolimpín, su perro, que no tenía nada nada nada, los perros nunca tienen nada, logró escapar de la perrera y venía haciendo fiestas con la cabeza, con el cuerpo, con la cola, a besar los pies del amo, pero se interpuso una lagartija que lo hizo girar en redondo y volverse a darle alcance. Escurridiza, más susto que animal, desapareció en el agujero de un muro cubierto de yedras. Paso a paso, menos efusivo, volvióse Trampolimpín hacia su amo que apartándose la pipa de la boca, escogía, entre un

millón de palillos que caían sobre la mesa, como lluvia, uno, solo uno, para mondarse los dientes.

¿Adónde ir después del desayuno?

Casi se lo pregunta al remolinoso Trampolimpín que con la punta del hocico se perseguía la cola, girando sobre sí mismo, como remolino, desesperado por la comezón de las pulgas. Las pulgas que cayeron de sus pantuflas lo devoraban vivo.

Trampolimpín se detuvo lloroso, sin dejar de sacudirse. Comprendió que su amo le quería consultar algo. Pero las pulgas no lo dejaban.

¿Adónde ir después del desayuno?, se preguntaba su amo, mientras apagaba la pipa.

Trampolimpín se le quedó mirando. En los ojos de los perros hay distancias.

Lo miraban, a través de los ojos de Trampolimpín, todas las distancias.

No faltaba sino escoger o que escogiera por él Trampolimpín que al presentir que ya el amo había terminado de desayunar e iba a ponerse en pie, tras volverle a ver, cabeza para arriba, orejas atentas, se echaba a andar por delante, para mostrarle el camino que debían seguir.

Pero esta vez, pobre Trampolimpín, el amo no le dejó la iniciativa. Se encaminó, a través del Jardín de los Cocodrilos, a la jaula del Pájaro de Fuego, ave de pico ganchudo, ojos de espejitos redondos y patas con espuelas de caballero.

A lo lejos, las jaurías ladraban interminablemente, en espera de aquel que guiado por Trampolimpín, los perros se lo agradecían tanto, a falta de otra cosa que hacer, llegaba allí, tomaba sus armas, sus perdigones y acompañado de camperos duchos y halconeros de medalla numismática, rígidos y flotantes, los llevaba de cacería.

Ahora quedáronse las jaurías ladrando, revolcándose, saltando, maldiciendo a Trampolimpín por haber fallado en su maniobra.

Cañadas hacia lo hondo. Árboles blancos, abedules de plata temblorosa.

El Pájaro de Fuego dio media vuelta, luego una vuelta, otra media vuelta, los dedos de sus patas uñudas ligeramente vueltos hacia adentro, los espolones fuera, en alto, agachando y levantando la cabeza en extraña ceremonia.

–Soliloqueando.... soli-loqueando... loqueando solo... –reverbera la voz en su pico en gancho, para darse importancia, antes de saber a qué venía el Hombre que lo Tenía Todo Todo Todo.

–Desde los ojos de mi perro Trampolimpín –dijo aquél–, me vieron distancias y distancias...

–Distancia es el cielo... –aleteó el Pájaro de Fuego.

–Lo sé, lo sé –contestó el que todo lo tenía, fro-tándose las manos–, me vio el cielo... desde los ojos de Trampolimpín me vio el cielo...